

REVISTA

MODERNA

1900

ZR -- 3586

Revista moderna

ZR – 3586

Revista moderna

ZR-3586

REVISTA DE
CIENCIAS
SOCIALES

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
04 FEB 2010
BIBLIOTECA HISPANICA
Hemeroteca

A SALVADOR DIAZ MIRÓN

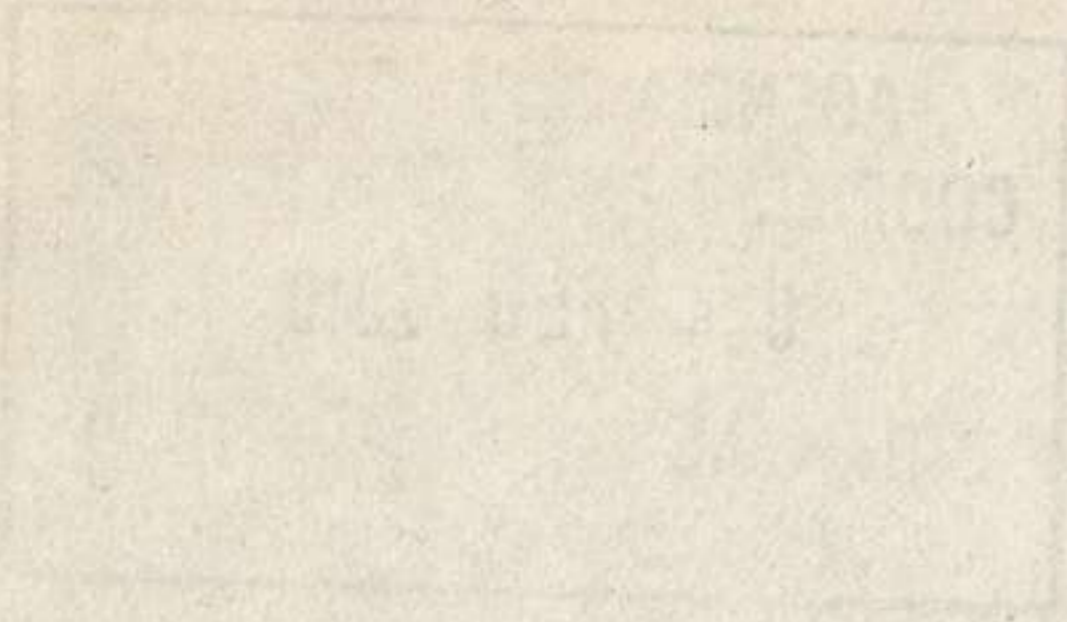
El maestro es creador de nuevas letras,
que ante los letrados, los doctores
Las perlas de oro, los ángeles de amor,
En los años de la vida para sus hijos.

Tú eres el que creas y vives la vida
Del arte recorriendo montañas y llanos
Vas por los ríos, estás por los caminos
Como un ángel de la luz en la montaña.

Un día me encontré en una de tus obras
Como un niño de la tierra y del viento
Hijo del Norte, hijo del Sur, del mundo.

Un día me encontré en una de tus obras
La vida me enseñó a ser un hombre
Que vive en el mundo y en la tierra.

ROMÁN LARRO

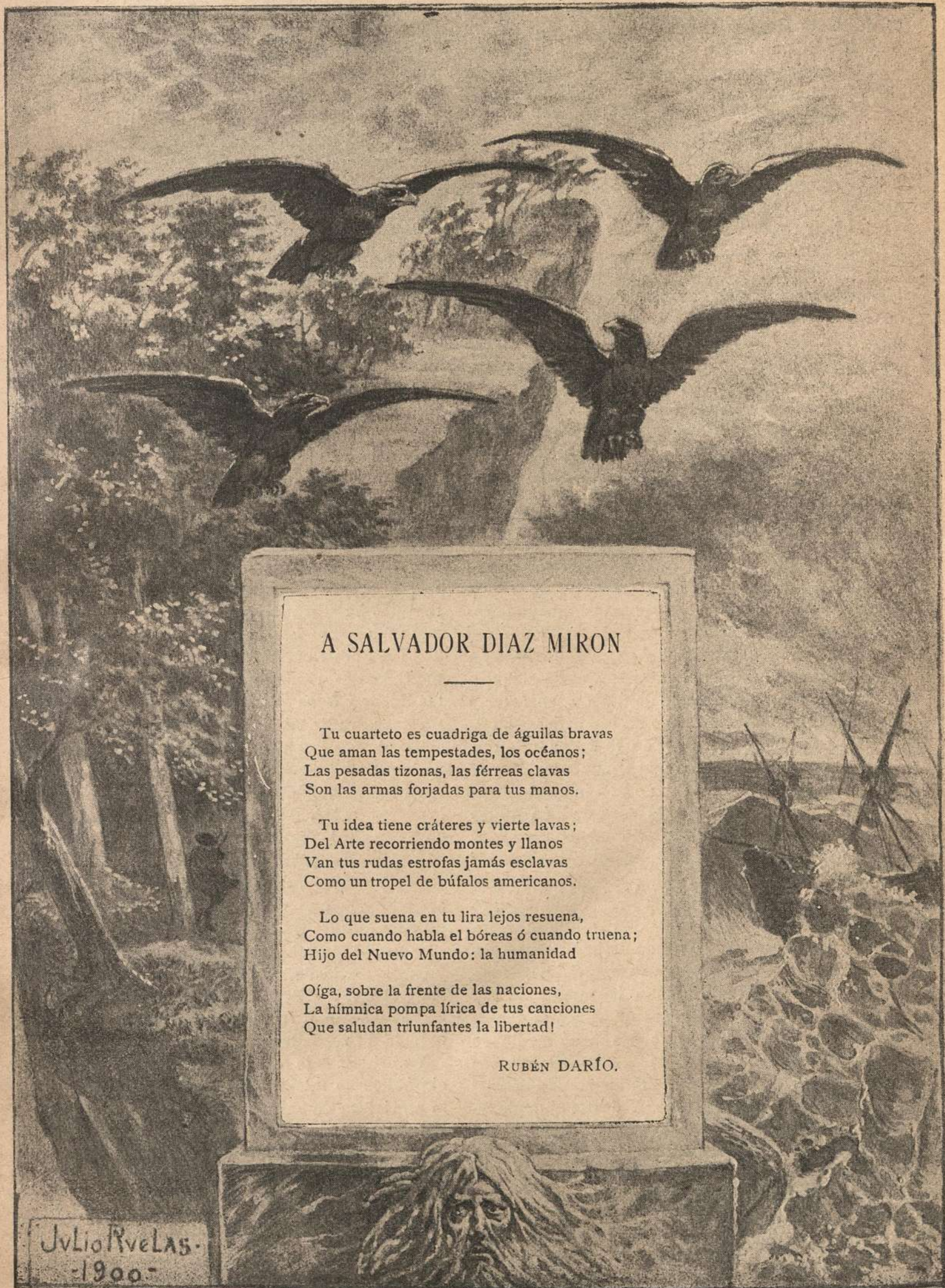


REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



A SALVADOR DIAZ MIRON

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
Que aman las tempestades, los océanos;
Las pesadas tizonas, las férreas clavav
Son las armas forjadas para tus manos.

Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
Del Arte recorriendo montes y llanos
Van tus rudas estrofas jamás esclavas
Como un tropel de búfalos americanos.

Lo que suena en tu lira lejos resuena,
Como cuando habla el bóreas ó cuando truena;
Hijo del Nuevo Mundo: la humanidad

Oíga, sobre la frente de las naciones,
La himnica pompa lírica de tus canciones
Que saludan triunfantes la libertad!

RUBÉN DARÍO.

Julio Ruelas.
-1900-

ALBUM DEL EXTREMO ORIENTE.

A HYOSHIO FURUKAVA.

Allá por el año de 1870, en visperas de su muerte, Julio de Goncourt, paseando del brazo de su hermano Edmundo por una avenida del Bosque de Boloña, decía, entre otras cosas, blasonando de los títulos que ambos tenían ya para no ser olvidados por la posteridad:

«En fin, aquella descripción de un salón parisien- se amueblado de japerías, publicado en nuestra primer novela, en nuestra novela: «En 18. . . ,» que apareció en 1851; . . . sí, en 1851—que se me señalen los japonistas de entonces.—Y nuestras adquisiciones de bronce y de lacas de aquellos años en casa de Mallinet y un poco después en casa de Mad. Deseye. . . . y el descubrimiento en 1860, en la «Porte Chinoise,» del primer álbum japonés conocido en París. . . . conocido al menos del mundo de literatos y de pintores. . . . y las páginas consagradas á las cosas del Japón en «Manette Salomon,» en «Ideas y Sensaciones,» no hace todo eso de nosotros los primeros propagadores de ese arte en vías, sin que se sospeche de revolucionar la óptica de los pueblos occidentales?»

Y la profecía del grande y moribundo artista se ha cumplido en todas sus partes; la gloria de los ilustres estetas que fueron los De Goncourt, es hoy universalmente reconocida y el arte japonés que su videncia suprema les hizo presentir, se impone hoy en el arte de occidente, trastorna los antiguos cánones, modifica totalmente el arte de la decoración, cambia los puntos de vista del paisaje, llegando á influir hasta en la figura humana, aun en el retrato. La influencia de ese arte de intenso carácter y de sutil sugestión ha avivado en los artistas europeos el estudio de la flora y de la fauna mínima, llevando nuevos elementos á la ornamentación y al decorado, otros factores que no son la eterna hoja de acanto de los capiteles ó la cara de león de las gárgolas clásicas, ni el bestiario monstruoso ó la intrincada vegetación de la época ojival.—Gracias al ejemplo naturalista de los japoneses, los artistas de nuestro mundo han visto la gracia y el encanto que tiene una flor de amapola elevándose sobre su tallo sinuoso, junto á la cápsula deshojada que, estremecida por el viento, riega sus negrísimas semillas; ó en un campo apaisado la armonía de una rama de almendro ó de durazno florido y la gracia decorativa de un insecto, una araña en medio de su tela reticulada, un coleóptero entreabriendo sus metálicos élitros, un longicornio alargando sus articuladas y vibrantes antenas. Y de ese ejemplo fecundo y glorioso han surgido los artistas que hoy, en el gran arte ó en las artes aplicadas, expresan mejor la belleza. En Francia son, remontándose al romanticismo, los impresionistas Pissarro y Caille-

botte, el gran Manet y el aquafortista Desboutsins, seguido de otros artistas mínimos, de una pléyade de *petits maîtres*. En época más cercana á nosotros vienen el escenógrafo y escultor H. Rivière, el retratista Auquetin, Gallé el autor de maravillosas manqueterías y taraceas; Auriol; ornamentista floral que del mundo vegetal ha sacado encantadores elementos para sus originales viñetas y en una palabra, todos los talladores, ceramistas, orfebres, bronceístas, esmaltistas, vidrieros y *affichistas*, de muestran la regeneradora, la prolífica influencia del arte japonés.

Entre estos últimos, Toulouse Lautrec y Fleury son quienes más radicalmente afirman la influencia nipona. Lo que decimos de Francia puede extenderse á Inglaterra (donde el *prerrafaelismo* ha alcanzado resultados análogos á los producidos por el naturalismo japonés, en las artes de aplicación al menos), á Italia y á Alemania y aun á los Estados Unidos, donde hoy se levanta una poderosa generación de artistas.

Creemos con lo que va dicho haber dado una idea del enorme y decisivo papel que el arte japonés desempeña en la estética contemporánea. En México, poca ó ninguna idea tenemos de las innumerables y apasionadoras bellezas que ese arte encierra y conceptuamos tarea digna de quien de arte se ocupa el revelar y propagar esas bellezas lamentablemente ignoradas por una gran mayoría. Tal fué nuestra idea al escribir «Album del Extremo Oriente,» título genérico que comprende á estas líneas y á las que en lo futuro le sigan. Procuraremos evadir las avideces de un estudio demasiado técnico y dar variedad á los capítulos, cosa nada difícil, pues en el Japón por todas partes brotan veneros de belleza y el arte se revela en todos los actos de la vida de ese gran pueblo artista. Así en un capítulo diseñaremos las siluetas de los grandes maestros primitivos Kanaoka, Matahei y los Kano; en otros hablaremos de las mil prodigiosas aplicaciones que del bambú hace el Japón; el siguiente estudio tratará del guardarropa feérico y suntuoso de una hermosura de las «Casas Verdes» y en fin, no desdeñaremos hablar ni de la jardinería y el arte de hacer búcaros, toda vez que ambas cosas están en el Imperio del Sol elevados á la categoría de verdaderas artes.

Y abrigamos la esperanza de que poco á poco, el público no iniciado irá sintiéndose envuelto en la atmósfera de armonía y de belleza que ha sabido crear, al través de miles de años, esa raza exquisita y refinada, ese pueblo enamorado de la Naturaleza y gran cultor de lo Bello, que se llama el Japón.

VARIACIONES SOBRE UN TEMA.

I

Cual las carnales tintas de la fragante rosa
Bajo los turbios velos de vesperal neblina,
Tras de tus leves gasas mi deseo adivina
La sangre de una dalia y el mármol de una diosa!

Caerá bajo mis besos tu blanca muselina
Polvo de perlas; alas de blanca mariposa;
Plumón de cisne blanco, para Leda gloriosa
Que aguarda entre los juncos la conjunción divina.

El Dios-Río en las cañas tañe un cántico vago,
Tu alma las alegrías y la tristeza aduna....
Ríndete á las dulzuras de mi anhelante halago.

La Noche nos ampara con su tristeza bruna;
El Cisne va triunfante sobre el obscuro lago.
Y desflora los blancos fulgores de la luna....!

II

Como los colores de opulenta rosa
Que en el jardín vela vesperal neblina,
Detrás de tu peplo mi amor adivina
Fragancias de flores, mármoles de diosa!

Romperán mis labios esa muselina
Leve como el polvo de la mariposa
Y bajo mi beso surgirá gloriosa
Blanca y sonrosada tu carne divina!

Tu desnudo cuerpo tembloroso y vago
Que las claridades y la sombra aduna
Llenará de besos mi amoroso halago

Y apartando entonces tu melena bruna
Sobre de mi alma—negro y hondo lago—
Rielará tu frente—luminosa luna—!

III

Como á la opulenta rosa
Tras la vesperal neblina
Bajo tu peplo adivina
Mi amor tu cuerpo de diosa.

Es leve tu muselina!
Es ala de mariposa!
Ya mi pasión gloriosa
Besa tu carne divina!

Ya mi ósculo ardiente y vago
Que amor y pesar aduna
En tí derrama su halago.

Tu alma es blanca, mi alma es bruna,
En las tinieblas del lago
Derrámate blanca luna!

IV

Como roja rosa
Tras de la neblina
Mi amor adivina
Tu cuerpo de diosa!

Vuela muselina
Cual la mariposa,
Mi boca gloriosa
Te besa ¡oh Divina!

Con éxtasis vago
Mi deseo aduna
Erótico halago.

En la noche bruna
Surquemos el lago,
Nos llama la luna!

México, 1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

LA LITERATURA DE NIETZSCHE.

La influencia ejercida por Nietzsche, tanto en Francia como en Alemania, sigue en su fase ascendente. Cada año se popularizan más sus obras y cada año también, aumenta el número de libros de biografía y de crítica que con él se relacionan.

Ya es suficientemente conocido del público francés para que yo lo presente; así, pues, sólo intentaré indicar de qué manera se ha modificado en estos últimos tiempos, lo que llamaré la *leyenda* de Nietzsche, la imagen mental de lo que flota en el espíritu de los contemporáneos; y por otra parte, ver de qué manera y sobre qué espíritus ejerce actualmente su influencia en Alemania.

Cuando Nietzsche llegó hace algunos años á la celebridad, sedujo desde luego á los espíritus por lo extraño de su doctrina. Apareció algo así como un *hermoso monstruo*, infinitamente alejado de la medianía humana; ateo intransigente, cuando asistimos á la reacción aparente, por lo menos, del espíritu religioso, individualista recalcitrante cuando el socialismo está de moda, vanagloriando la guerra y el sufrimiento en una época enamorada de la paz y del bienestar y predicando la *dureza* á una generación en la que florece el altruismo.

Así fué, que desde luego, excitó más curiosidad que simpatía.

Unos aplaudían, no sin alguna parcialidad, sus paradojas más recalcitrantes y más horribas contra el honrado burgués. Los otros, en mayor número éstos, se irritaban contra un energúmeno que blasfemaba contra nuestras creencias más sagradas, ó se encogían de hombros y se rehusaban á tomar á lo serio á un pensador á quien Taine estimaba muy alto y consideraba igual á Carlyle.

Me parece, pues, que las obras publicadas en estos últimos años tienden á humanizar la figura de Nietzsche, á mostrarnos un Nietzsche más vecino nuestro, menos anormal de lo que al principio nos parecía; pero también más capaz de conmovernos y de hablar á nuestro corazón. Este es el primer punto que intentaré aclarar, á propósito de uno de los rasgos más conocidos de la doctrina de Nietzsche.

Si hay alguna teoría que parezca desde luego hecha para chocar á casi todos los lectores modernos y para hacerles juzgar al profeta del Superhombre como un sér aparte y sin punto de contacto con los hombres de hoy, es en primer término su individualismo extremo, su egotismo tan feroz, su *dureza* para con los débiles, para con todos aquellos que sufren y se inclinan á la muerte.

En esto, efectivamente, vemos á Nietzsche en oposición radical con todos los adeptos de la moral altruista; no reconoce ningún valor superior al individuo genial, al Superhombre. «Llega á ser quien eres,» tal es la ley que prescribe á los escogidos de la humanidad.

El individuo superior es soberano, no tiene más deber que desarrollar plenamente todas sus energías virtuales; está exento de obligaciones para con las potencias tradicionales; para con las creaciones anónimas y colectivas del género humano; para con el Pueblo, el Estado, la Costumbre y la Religión; está exento de toda subordinación á cualquier ideal, ya sea moral, metafísico ó científico.

El es, por sí mismo, *creador de valores*; él es quien fija la tarifa de valores, en la que creen los hombres de determinada época, y que determina, por

consecuencia, sus acciones; debe tener personalidad bastante poderosa, para hacer surgir del caos indiferente, *al mundo que interesa á los hombres*; determina soberanamente el bien y el mal, *su bien y su mal*. Sobre todo, no tiene que sacrificarse por su prójimo, porque él es, por sí mismo, la razón de ser de la vida universal que, sin él, carecería de sentido.

Debe, no solamente, saber aceptar que otros sufran en su derredor; sino que debe *hacer sufrir*, sin rebajarse hasta la compasión, como el cirujano que conduce su bisturí con mano firme, sin inquietarse al pensar en las torturas del paciente. Debe saber rehusar el socorro, dejar morir lo que está maduro para la muerte, no levantar á los que caen, sino empujarles para que caigan más pronto.

Zarathustra mira la compasión, como el *último pecado* del hombre; como la suprema tentación que debe vencer, antes de elevarse hasta el Superhombre. «He aquí, dice, la nueva ley, que promulgo para vosotros, oh hermanos míos: *Llegad á ser duros de corazón.*»

Y como consecuencia de esas teorías, Nietzsche ha sido clasificado, casi universalmente, como un aristócrata feroz; se le condena por haberse hecho el apologista de las sangrientas *experiencias* de un Napoleón ó del realismo sin escrúpulos de un Bismark; se encontró malo que se permitiese celebrar los beneficios de la guerra y predecir sin turbación ni pena, que la Europa iba á entrar en una era de grandes guerras, era en la que las naciones combatirían por la hegemonía del mundo.

Combatido incesantemente por los conservadores á causa de su irrespetuosa crítica de las tradiciones, ha sido tratado de *diletante* sin entrañas ó de reaccionario brutal por los demócratas de todos colores. Un historiador reciente del socialismo, llegó á ver en Nietzsche al representante por excelencia de la sociedad burguesa espirante, al plagario de Leo y Treitschke, al defensor de la corrupción capitalista; y en sus discípulos á los ejecutores de las bajas obras de Bismark y á los apologistas del *knout* ruso. . . . (1)

Que en esta manera de comprender y de juzgar á Nietzsche, haya un fondo de verdad, es un hecho innegable que no intento discutir. Nietzsche es un *individualista* intratable y por más que se quiera, nunca se llegará á hacer de él un *socialista*. Está, hasta fuera de duda, que con las fórmulas de Nietzsche, puede justificarse el egotismo más cínico, el peor diletantismo y la ambición más desenfrenada.

-Pero también es cierto, que no se ha comprendido lo que constituye la originalidad de su pensamiento y que sólo se han limitado sus detractores á ver en él, pura y sencillamente, á un adepto del derecho del más fuerte y á un partidario de la *lucha por la vida*; y en realidad á Nietzsche se le debe considerar más bien como á un *egotista por altruismo*, y es lo que intento demostrar. Esto siempre seguirá siendo egotismo, individualismo; pero es un egotismo de naturaleza muy particular y que

por sus orígenes psicológicos, por lo menos, es exactamente lo contrario de lo que acostumbramos llamar egoísmo.

No hay que creer que el egoísmo sea para él una regla de conducta, buena para todos los hombres. En un aforismo de su «Crepúsculo de los ídolos;» titulado *Valor natural del egoísmo*, indica á este respecto su manera de ver, con la mayor precisión.

«El egotismo, dice, vale filosóficamente hablando, lo que vale quien lo practica. Puede tener gran valor y puede ser también despreciable é ignominioso. En cada individuo puede observarse si representa la línea ascendente ó la línea descendente de la vida. El resultado de este examen nos pone en posesión de un criterio, según el cual podemos medir lo que vale el egoísmo. Si representa la línea ascendente, su valor es extraordinario, y con respecto á la vida de la especie, que, en su persona, se *eleva* un grado, pueden ser extremos los cuidados para su conservación y para crearle condiciones favorables de existencia. Porque el ser particular, el *individuo*, como se lo imaginaban hasta hoy la gente sensata y sencilla, sólo es una ilusión, no es nada por sí mismo, no es un átomo ni un *anillo de la cadena*, ni un resultado del heredismo y del pasado muerto; es toda la línea Hombre, una y entera, hasta él. . . . Si representa la evolución descendente, la decadencia y la degeneración crónica (porque las enfermedades son, por regla general, resultados y *no causa* de la degenerescencia), su valor es muy débil y la simple equidad le ordena que distraiga en provecho suyo, lo menos posible del patrimonio de sus semejantes, porque sólo es el parásito de ellos. . . .»

Este pasaje contiene en germen toda la moral de Nietzsche; si la analizamos exactamente, vemos que en la mayor parte de los casos, Nietzsche está de acuerdo con los altruistas en condenar el egoísmo, ciertamente que no en virtud de un *principio* moral, de una superioridad intrínseca del altruismo sobre el egoísmo; sino sencillamente porque la individualidad de la mayoría de los hombres, tiene un valor muy pequeño, para que su conservación tenga seria importancia bajo el punto de vista general. Nietzsche no reconoce la personalidad humana como valor *absoluto*, como algo respetable por sí mismo. Kant enseña, que la personalidad humana es un *fin por sí sola*, y que no debemos nunca, ya sea en nosotros ó en los demás, considerarla como simple *medio*, que tiene un *valor moral* y una *dignidad* intangible ante la cual debe inclinarse todo el mundo.

Para Nietzsche, por el contrario, los hombres, en su mayoría, lejos de ser *fines por sí mismos*, sólo deben considerarse como *medios* y que deben por consiguiente seguir la moral *altruista*. Los débiles, los mediocres, los impotentes, deben escoger un maestro ó un amo é identificar su causa con la de ese amo; mientras más se sacrifiquen por él, más completa y mejor será su misión.

Inferiores como individuos, y por consecuencia, careciendo de valor propio, participan por lo menos del poder y de la dignidad del maestro y su *valor* está en proporción con los sacrificios y el amor que á él consagren.

(1) *Mehring*.—Geschichte der deutschen Social demokratie, II, 545.

Un egoísta común es, ante los ojos de Nietzsche, un sér doblemente despreciable, porque es mediocre, en primer lugar, y después, porque no conduce la vida, que es lo único que puede dignificar á un mediocre.

«Aquel, dice Zarathustra, ha rechazado de sí toda dignidad al rechazar la esclavitud en que vivía.» Lo que está en el orden, es que haya esclavos, y que estos esclavos se agrupen en derredor de un amo; pero es contrario al orden, que el esclavo, el mediocre, quiera vivir según las leyes de los amos. El desarrollo de las tendencias egoístas en los seres inferiores, es una calamidad para una sociedad y conduce á la anarquía y á la impotencia. Nietzsche, en este punto, está de acuerdo con los altruistas.

Pero así como Nietzsche no cree que el egoísmo sea bueno ó malo por sí mismo, tampoco admite que el altruismo tenga un valor absoluto, positivo ó negativo. El altruismo, como acabamos de verlo, es la ley de las criaturas inferiores; el egoísmo debe ser la ley de las criaturas superiores. Está en el orden que un mediocre se sacrifique y viva por otro y para otro; pero en cambio, es preciso que el individuo superior, que el genio, sea egoísta. Al aceptar el sacrificio ajeno, esforzándose, según la frase de Goethe, en «impulsar siempre más arriba la pirámide de su existencia,» obra conforme á su naturaleza y también para el mejoramiento de la humanidad. Si pertenece á lo que Nietzsche llama la *línea ascendente de la vida*, si en su individualidad particular representa un progreso de la especie humana, es de su estricto deber colocarse en las mejores condiciones posibles para que se desarrollen por completo los gérmenes que lleva en sí.

Siendo el objeto de la humanidad alcanzar en todas las cosas el *máximum* de vitalidad, el hombre en quien se realiza ese *máximum* no es uno de tantos; sino la razón de ser de miles ó de millones de seres, que le han precedido y cuyas existencias no ha tenido más objeto que la eclosión de esa flor única. Así, pues, si se permite ser altruista, se desvía de su camino y comete en realidad un crimen de lesa humanidad. No solamente tiene el *derecho*, sino el *deber* de ser egoísta. Su egoísmo es el complemento necesario del altruismo de los mediocres. Para la grandeza y prosperidad del género humano, es muy importante que se establezca en nuestra raza un equilibrio feliz entre el egoísmo y el altruismo; es preciso llegar á construir una jerarquía fundada en la desigualdad natural de los hombres, y en la que cada uno sea egoísta ó altruista en la medida en que lo exigen su valor natural y su constitución fisiológica. Mientras más se aproxime la humanidad real á esa jerarquía ideal, más cerca estará de su punto de perfección; y mientras más se aleje, ya sea por igualdad ó por anarquía, más se encaminará á su decadencia.

Esa es toda la diferencia que separa al egoísta, en el sentido habitual de la palabra, del egoísta superior, tal como Nietzsche lo concibe y lo encarna, con admirable poesía en el profeta Zarathustra. El primero es un sér *dominado* por su instinto egoísta natural, y que *cede* dócilmente á ese instinto; lo consideramos generalmente como una criatura in-

ferior que no ha sabido elevarse al altruismo; aun si realiza un tipo de humanidad superior, aun si es un genio colmado de dones de la naturaleza, lo vemos como un monstruo que carece de una mitad de la naturaleza moral del hombre.

Otro es el egoísta superior, como Nietzsche lo define; recorrió ya el camino que conduce del egoísmo natural al altruismo, y el altruismo es para él una segunda naturaleza. Su instinto le lleva á amar á los hombres, á compartir con ellos sus sufrimientos, á sacrificarse por ellos y á vivir para el ideal. En la parábola de las *tres metamorfosis del espíritu*, que abre el poema *Zarathustra*, el espíritu robusto y paciente, es desde luego semejante al camello que se arrodilla dócilmente para recibir su pesada carga y se apresura en seguida á atravesar el desierto. Pero ese estado de altruismo no es el punto de llegada, sino solamente una fase transitoria de la evolución humana. Al continuar su desarrollo y su progreso hacia la perfección, el altruista debe, por una evolución fatal, llegar á ser egoísta; y eso, no inmediatamente y por un cambio de orientación ó de una vuelta *hacia atrás* al estado primitivo; sino por una consecuencia lógica de su naturaleza altruista, por una suprema victoria obtenida sobre sí mismo. El camello de la parábola se convierte en león, derriba en el fondo del desierto al gran dragón: «*Debes!*» que le obstruye el camino, y se liberta de la ley moral y del imperativo categórico del deber; y esa libertad es un triunfo supremo obtenido sobre sí mismo. ¿Qué cosa más difícil para él, efectivamente, que se ha despojado de sí, que ha sido todo amor, compasión, humildad y caridad, que hacerse *duro*, y ser el amo que ordena y para quien son los sacrificios y los sufrimientos? Este es el supremo sacrificio que exige Nietzsche; así, pues, no nos dejemos engañar por las palabras. Por su *espíritu*, la moral de Nietzsche es de las más ascéticas que han existido en el mundo; ninguna exige mayor abnegación, ni esfuerzo de voluntad más constante y rudo. Es, en definitiva, una especie de hipercristianismo apasionado y paradójico, esa doctrina en apariencia tan fácil de seguir, y que ordena al hombre que llega á la soberanía plena del desarrollo de su yo.

Se ha observado con frecuencia, que las inauditas violencias de lenguaje del «Anticristo,» son quizá la expresión de los esfuerzos que Nietzsche se veía obligado á hacer para comprimirse, para matar en sí el instinto cristiano y altruista, siempre vivo. Algunos suponen que fué el momento en que estuvo muy cerca de volver al cristianismo, y que la locura le impidió producir esa última fase de su evolución. No creo verosímil esa hipótesis; es cierto que nunca tuvo Nietzsche tan clara la conciencia de estar *muy cerca* de los cristianos religiosos como á la hora turbia en que, en los momentos de hundirse en la noche de la locura, tuvo la intuición de su parentesco ideal con el Cristo, y escribía á Bourdeau:

«Yo soy el Cristo, el Cristo mismo, el Crucificado....»

Como se ve, Nietzsche no es el hermoso monstruo que muchas gentes vieron en él; no es tampoco un pagano *puro*, y no se parece absolutamente á esos

hombres del Renacimiento, que hacia profesión de admirar.

La grande é importante pregunta que se hizo á sí mismo, es la siguiente:

¿El ideal altruista, que es hoy la religión de los escogidos de la humanidad, no será un contrasentido, si no se encuentra en alguna parte un egoísmo superior que sea la razón de ser de ese altruismo? ó mejor dicho: «¿El altruismo llevado á sus últimas consecuencias lógicas, no engendra necesariamente y en ciertas condiciones un egoísmo superior?»

Nietzsche es por sí mismo, uno de esos *homines religiosi*, uno de esos concienzudos del espíritu, á quienes ataca. Este es el secreto de la atracción que ejerce sobre tantos espíritus, que conservan viva en el corazón la religión de la sinceridad ó sencillamente la fe cristiana. Estos pueden, tal vez, no admitir las soluciones que da al problema que se ha planteado y declarar errónea su psicología; pero adivinan en él una alma, de la misma naturaleza que la de ellos en el fondo, y le dan su simpatía.

Si la influencia positiva ejercida por Nietzsche sobre su época, parece haber aumentado, á medida que se le ha comprendido mejor; también se hace constar que ejerce cierta influencia negativa, no menos considerable. En efecto, ha expresado juicios de severidad extremas respecto á la cultura de la época presente y especialmente respecto á la cultura alemana contemporánea. Esas negaciones provocaron violentas discusiones, pero no dejaron de producir cierta impresión; la Alemania no ha permanecido al abrigo de los efectos desmoralizadores de esa crítica disolvente.

Bien sabido es el desprecio profundo con que Nietzsche hablaba de la cultura alemana, de que se enorgullecía, el nuevo Imperio. A raíz de la guerra de 1870, cuando se repetía por doquiera que el verdadero vencedor de Sadowa y de Sedán, era el maestro de escuela, alemán, y que la cultura germánica había vencido á la cultura francesa, Nietzsche negaba semejante pretensión, declarando que no existía tal cultura alemana; que los alemanes, estando y permaneciendo en estado de barbarie, estaban en el gran error de creerse civilizados; que las victorias de 1870, al mantenerlos en esa ilusión, podían llegar á ser un desastre para los vencedores y matar *el espíritu alemán en provecho del Imperio alemán*. Y ese mismo motivo reaparece, amplificado y exasperado, en una de sus últimas obras, el «Crepúsculo de los ídolos», en donde en un largo capítulo titulado: *Lo que falta á los alemanes*, hace, con violencia, el proceso de sus compatriotas, denuncia la decadencia de la cultura alemana, la influencia embrutecedora del poder político, la bancarrota de la educación universitaria y proclama que la Alemania es actualmente *el gran país insípido de la Europa*. Tales paradojas tan desacomodadas para el amor propio nacional fueron escuchadas y tuvieron eco. Véase como ejemplo de lo dicho, un libro recientemente publicado: «En la tumba de los Médicis»; su autor, W. Uhde, juzga la

civilización alemana, exactamente según el espíritu de Nietzsche y siguiendo sus principios. A sus ojos, Nietzsche no es el inventor de una verdad nueva, absoluta y valedera para todos los tiempos, sino el profeta de la época especial en que vivimos.

«La humanidad, dice, oscila entre dos peligros; la degenerescencia por brutalidad y la degenerescencia por debilidad; contra uno de esos peligros está Jesús; contra el otro está Nietzsche que nos ha dado la fórmula de salvación.»

La religión del Superhombre es una creencia, no superior *en sí* al cristianismo; sino mejor apropiada que él á las necesidades *particulares* de nuestra época que no peca por brutalidad ni por abundancia de vida, sino más bien por debilidad; y W. Uhde, descubre por doquiera pruebas de esa indigencia de la vida alemana moderna. La religión perdió toda su significación; sin acción apreciable en la vida práctica, es únicamente una *mentira convencional el boleto de entrada á la civilización europea, ó también un paraguas que el padre de familia prudente, lleva, para las eventualidades, aun cuando el tiempo esté bueno.*

La filosofía especulativa no sale menos maltrecha: «la vida del espíritu se ha retirado de las capas superiores de la sociedad, y sólo se encuentra hoy entre los judíos y los socialistas.» En arte, han desaparecido todas las actividades fecundas; y donde se encuentra todavía algo que semeje la alegría de crear, es en algún «estómago cansado ó en una sensualidad exagerada hasta la perversidad.»

Si se trata de política, de legislación, de instrucción pública, por todas partes se revela la misma impotencia y la misma miseria ante nuestros ojos. La cultura alemana no existe. «Somos jornaleros, que cumplimos nuestra diaria y monótona tarea, bajo el peso de una atmósfera fría y cargada de brumas.» Y la sociedad moderna vive en espera de una catástrofe. «La conciencia de que hay algo podrido en nuestro estado social, existe en el fondo de todos nosotros.»

Para salir de ese estado de decadencia, Uhde recomienda la religión de Nietzsche, la cultura estética del yo, el esfuerzo hacia la creación de una civilización, no estrechamente nacional, sino europea; cuyo advenimiento podrá sólo traer consigo el desarme de todos los pueblos, prontos hoy á devorarse.

Se dirá que todas estas son paradojas y fantasías de decadente; admito, en efecto, que habría algo de ingenuidad en tomar todo lo dicho, al pie de la letra, y dudo mucho que el estado de espíritu que se revela en los escritos de Nietzsche ó de sus discípulos, esté muy esparcido fuera de un círculo muy limitado de intelectuales, que por lo pronto no ejercen grande influencia en el público. Estoy persuadido, sin embargo, que ese escepticismo y ese pesimismo son en Nietzsche, algo más que síntomas morbosos; y en sus discípulos, más que un capricho de la moda traído por la imitación literaria de un escritor de genio. El profeta del Superhombre, no ha creado artificialmente un movimiento de la opinión; por el contrario, llegó á ser célebre el día en que, un número competente de espíritus, en-

contró en sus escritos, la expresión de lo que ellos mismos sentían. Es un hecho desde luego que la fe en la cultura neo-imperial, no tiene ya en Alemania la gozosa alegría que tuvo á raíz de la guerra. Por doquiera se ven síntomas de descontento y de inquietud; en un libro reciente, en el que se hace el balance del siglo XIX en Alemania, su autor, Ziegler, espíritu ponderado y poco afecto á las exageraciones de pluma de los radicales de la vanguardia, hace constar: que nadie, en este fin de siglo, puede escapar á ese pesimismo crítico que envuelve nuestra época, como sudario de duelo.

Ese pesimismo que conocemos demasiado en Francia, es más difícil de comprender en la Alemania de hoy, país esencialmente *robusto* y realista, por su política, su industria, su ciencia y su ejército sobre todo, que acaba de atravesar por una era de gloria militar y de prosperidad material, casi única en la historia y cuyo vuelo no parece detenerse.

¿Es acaso un malestar transitorio é insignificante, originado por la rapidez con que evoluciona la vida moderna, y destinado á desaparecer en un próximo porvenir? ó bien, ¿es, como dicen los socialistas, un síntoma de decrepitud de la sociedad burguesa que agoniza? No nos encargaremos de decirlo; pero no nos apresuraremos tampoco á interpretarlo como síntoma de decadencia.

En un organismo sano, una enfermedad (y el pesimismo es una enfermedad) puede obrar como estimulante de las fuerzas vitales y llegar á ser una causa de progreso. La Alemania de hoy está sana

y robusta, no lo dudemos; me bastará citar el testimonio del mismo Nietzsche:

«La Alemania actual representa una suma considerable de capacidades hereditarias y adquiridas; de tal suerte, que puede gastar, y aun durante algún tiempo, despilfarrar con prodigalidad, ese capital de fuerzas acumuladas. No es una alta cultura la que con ella ha subido al poder, mucho menos un gusto delicado, ni una nobleza refinada de los instintos; sino más bien, una virtud más viril que la de cualquier otro país de Europa. Mucha valentía y respeto de sí misma, mucha seguridad en sus relaciones, en la reciprocidad de los deberes, mucha aptitud para el trabajo, y una moderación hereditaria, que mejor necesita el aguijón que el freno. Debo agregar que allí se sabe obedecer, sin ser humillado por la obediencia... y nadie desprecia á su adversario...»

En un organismo social, constituido así, cuyas fuerzas vivas no están atacadas y en el que permanece intacta la voluntad de poder, el pesimismo puede obrar como fermento saludable y llegar á ser agente de futuros progresos. Es muy posible, pues, que la Alemania salga grande y fuerte de la crisis moral por que atraviesa; y nosotros esperamos también, que ese virus de la *tristeza contemporánea*, del que sufrimos todos, más ó menos, ejercerá finalmente una acción benéfica y nos dará algún día la voluntad eficaz para reunir todas nuestras energías y aspirar á un porvenir mejor, para elevarnos á un estado moral y social superior.

ENRIQUE LICHTENBERGER,

Profesor de la facultad de letras de Nancy.

Trad. de «Revista Moderna.»

DONEC ERIS FELIX....

Amis toujours constants, femmes toujours fidèles...
Tant que dure l'argent, je ne crois plus en vous.
Vous êtes si polis et vous êtes si belles!
Mais... la crédulité c'est le propre des fous.

Ah! Si j'étais heureux! surtout, si la richesse
Faisait naître partout des roses sous mes pas,
Vous m'offririez alors toute votre tendresse;
Mais il serait trop tard: je ne vous croirais pas.

A ceux qui m'ont aimé dans les jours de souffrance,
Femme laide, ami pauvre, ou chien fidèle et sûr,
J'ai donné tout mon cœur, car la reconnaissance
Doit répondre à l'amour sans calcul, simple et pur.

ALFRED BOISSIÉ.



OLEO DE J. RUELAS.

POESIA

PRONUNCIADA POR SU AUTOR; MIEMBRO HONORARIO
DE LA
SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA,
EN EL XLIX ANIVERSARIO DE LA MISMA.

¡Oh más allá, qué hermoso tu horizonte!
¡Oh ilusión, qué magnífico tu cielo,
Y más azul que el aire, el mar y el monte!....

Si en ensueño feliz encumbra el vuelo
Por la esfera ideal la fantasía
Sobre el légamo inmundo de este suelo,

No hay en la misma luz que el sol envía
para teñir sus matutinas galas
O el rojo incendio en que perece el día,

Ni tonos de color con más escalas,
Ni más vario matiz en los colores
Que hábil combina la moderna Palas!

Mas ¿qué son para el hombre esos fulgores,
Si la tierra lo atrae con sus misterios
Y el majestuoso mar con sus rumores?

Vuestras murallas derruid, imperios!
Calmad vuestros furoros, Océanos,
Disipad vuestras sombras, hemisferios!

Hoy, cual ayer, por descubrir arcanos,
Avanzarán audaces Marco-Polos
Hacia desconocido meridianos,

E irán hasta encontrar sus mauseolos,
Ascendiendo ignorados paralelos,
En la nieve perpetua de los polos!

Osada humanidad, á tus anhelos,
Irrisórios obstáculos oponen
Lo mismo los desiertos que los hielos!

Ora las cordilleras eslabonen
Sus graníticas cumbres congeladas
Que aun las águilas, tímidas trasponen;

Ora las simas negras y enfiladas
Abran sus grietas, cual tortuosas fauces,
Que amenazan herir á dentelladas;

Ya corran impetuosos en sus cauces,
Serpientes de agua, los hinchados ríos
De que apartan sus álabes los sauces;

Ya en torno de sus míseros bohíos
Blandan amenazantes sus saetas
Las hordas de canibales bravíos;

Ni viajeros, ni sabios, ni poetas,
De lo no visto, renunciar podrían
A la dulzura y seducción secretas!

¿Temor ó desencanto detendrían
Su aspiración jamás? ¿Ellos, cobardes,
Por la contienda desigual, huirían?

No; del peligro en las nublosas tardes,
Si se extingue, oh valor, tu hermosa flama,
Presto otro héroe te reanima, y ardes!

Todo á ensanchar nuestro saber nos llama.
«Más luz! más luz!» cual Gœthe en su agonía,
Nuestra ansiedad al porvenir reclama.

Aunque en la prodigiosa travesía,
Del océano inmenso de lo ignoto
Dilate sus confines cada día,

En pos del ideal, siempre remoto,
Rema de frente el sabio, sin recelo,
Que lleva á la esperanza por piloto.

Y si el único triunfo de su celo
Es trocar un error por otro engaño,
Válgale á su conciencia de consuelo

No haber cedido á un interés extraño,
Sino al azar que le cerró el camino
Que lleva al bien y lo condujo al daño.

¿Qué hombre, qué profeta, qué adivino
Atisbará en las sombras misteriosas,
Del mundo y de los seres el destino?

Instante á instante, nieblas engañosas
Ocultan á las ávidas miradas
El último secreto de las cosas.

La vida por doquier lanza oleadas
De nuevos seres á existencias nuevas
Que mueren y renacen á parvadas;

Fecunda el éter sus radiosas glebas,
Y germinan los astros á millares,
De la eterna creación, radiantes pruebas;

Acaudados viajeros siderales
Nos señalan trayectos infinitos
Al perderse en sus viajes singulares;

Y suelen fulgurar rayos benditos
Cuya fugaz irradiación alumbra
El fondo de la verdad que hay en los ritos. . . .

Compañeros, la vida apesadumbra
Cuando sin fe, ni rumbo, ni prudencia
Se camina al acaso en la penumbra;

Mas bregar, cual vosotros, por la ciencia
Es combatir por triunfos verdaderos.
Bien empleáis la noble inteligencia.
¡Loor á vuestras glorias, compañeros!

BALBINO DÁVALOS.

POESIA

PRONUNCIADA POR SU AUTOR, MIEMBRO HONORARIO
DE LA
SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA,
EN EL XLIX ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN.

¡Lo sabéis bien! . . . En medio del cruento
génesis de la patria, este recinto
guardó de la Verdad la antorcha ardiente;
no la apagó con su furor el viento,
no se extinguió en el lago en sangre tinto,
brilló sobre las ruinas dulcemente.

Pálida luz que entre las manos santas
de varones amados de la ciencia
fué como foco alentador de vida;
una ilusión entre desdichas tantas,
un repuesto refugio á la conciencia,
una estrella en la noche ennegrecida.

Tended sobre la enorme trayectoria
de valor y de fe, de sangre y duelo
la vista en nuestros públicos anales:
¡qué pávidos bochornos en la Historia!
¡qué árido y triste el olvidado suelo!
¡y qué deshecha tempestad de males!

Mirad en torno hoy; toda la rabia
de la lucha intestina, ora es trabajo,
el gran laborador de la yentura—
rinden los campos su nutrida savia
y la Abundancia, arriba como abajo,
distiende su celeste vestidura.

Es justo: el pueblo que, niño, á las puertas
del siglo que agoniza, heroico pudo
hacer la patria casi de la nada,
llenar su frente de esperanzas ciertas,
cubrir el pecho con doblado escudo
y poner en sus manos una espada,

es pueblo que en la órbita infinita
de la humana cultura tiene un sitio
y una función en el moderno avelo,
la lucha por la vida necesita
á Palas junto con Apolo Pitio
cuando ¡justicia! Orestes, clama al cielo.

Como rodó en el mar la carabela
de Colón, nuestra barca lleva el lino,
blanco espectro, tendido entre la sombra;
no corre ya sobre las ondas: vuela;
es feliz mensajero del Destino
y á la tripulación nada le asombra.

Que el cometa, titánico corsario
de la sidérea inmensidad, sacuda
su crin de llamas sobre el buen piloto,
algún monje desgrane su rosario,
él en pie y al timón, buscará ayuda
sólo en la Ciencia, ante el misterio roto.

Oh gran Naturaleza, de tu seno
surgió el hombre y fué flor, ahora es fruto
y al seno vuelve de la madre augusta;
pero dejando de enseñanzas lleno
el humano recuerdo, es su tributo
á la especie más sabia, más robusta.

Y nada de temor, Dios no es mentira,
está muy por encima de los cielos
de Verdad en la suprema esfera.
Lo mismo por la azada que la lira
EL ¡ah! recoge todos los anhelos,
mas no viene á nosotros; nos espera....

Y vamos hacia EL, rotas las alas
de la imaginación, pero seguros
en la senda de amor y de progreso....
Las flores mueren ¿á qué son sus galas
si los frutos sucedenles maduros,
como los niños al placer del beso?....

Púgiles como México procura
la civilización en su camino
lento pero fatal al apogeo.

El bien es poco, pero el bien perdura
entre el rumor del viento peregrino
que cercará el peñón de Prometeo.

Y la luz marcha de unos á los otros
en enigma de seres y de cosas
sobre la faz del Universo escrito;
nuestros antecesores y nosotros
viviremos los días que las rosas;
el pensamiento no, que es infinito.

Próceres de las armas y las letras
que congregados celebráis ufanos
la dulce aurora del buscado día,
falange poderosa que penetras
en la inmortalidad, llenas las manos
de palmas y laureles todavía;

en pie, por la memoria de los muertos,
aquí su alma estremeció el ambiente,
aquí aún flota mucho de su esencia;
que á sus sepulcros, á mi voz abiertos,
les llegue vuestro aplauso reverente,
próceres de las armas y la Ciencia!

JESÚS E. VALENZUELA.

LIBROS Y REVISTAS.

«*El Color y la Piedra*» por Angel Estrada, hijo.
Buenos Aires, 1900.

Tiempo hacía que de Buenos Aires, la metrópoli intelectual y culta, no nos llegaba un libro tan artístico, tan sincero y tan sugestivo, como el titulado: «*El Color y la Piedra*,» que su autor Angel Estrada (hijo) acaba de enviar á varios escritores de México. Tuvimos la fortuna de contarnos entre los obsequiados por el brillante escritor, y para ser sinceros diremos que al principio desfloramos tediosamente las vírgenes páginas del volumen. ¿Un libro de viajes? Y absolutamente ignorantes de la prosapia literaria de Estrada, creímos que la obra encerraría los audaces escarceos de un hijo de familia rica, de uno de tantos colegiales *rastaequoère* que van á Europa en vacaciones y *épates* mas que sinceramente conmovidos vuelven á su vez de *épater les bourgeois*, manteniéndose en el equilibrio inestable de una irritante é irrisoria *pose*.

¡Y qué craso y qué profundo fué nuestro error! El primero: capítulo leído al azar (el titulado: «*La feria de Montmartre*») nos reveló al punto que estábamos frente á la obra de un espíritu distinguidísimo, de un gentilhomme de las letras, observador finísimo, constantemente vibrante bajo las impresiones exteriores que acrisoladas en su cerebro, depuradas en su criterio, resurgen traducidas por una prosa elegantísima, troquelando severamente las ideas y *lavando* con luminosos toques de acuarela el más fugitivo paisaje.

¡Un libro de viajes! Chateaubriand, Lamartine,

Gautier, Taine, Loti . . . son tantos los escritos hasta ahora, tan espigado está ese campo literario, que quien hoy intente la tarea no puede salvarse de un irremediable fracaso, sino poseyendo una personalidad artística vigorosa, con sus factores integrantes de observación sutil, sensibilidad indefectible, visión precisa, criterio quintesenciador y la *técnica* necesaria para poner en juego esos elementos al producir la obra de arte. El espíritu del artista es entonces un prisma que absorbe la luz exterior para arrojarla cambiada en un espectro policromo y radiante. Los escritores sin temperamento, toscos silex ó turbios cuarzos, se sienten heridos por la misma luz que el prisma convirtió en iris, pero no proyectan más que un glauco destello, un opaco fulgor. Estrada es de los artistas de temperamento, posee una gran cultura y un refinamiento aristocrático, sabe ver, sabe sentir, y tiene, además, una cualidad que, junta con las otras, produce un total armónico: posee la *técnica* de su oficio; escribe una prosa llena de color y pródiga en vocablos, sin la exasperante *léxicomanía* de los que tapián con palabras ociosas y bizarras los nichos sepulcrales que se ahondan en un cerebro sin ideas. Angel Estrada, en los variados capítulos de su obra, usa de distintos procedimientos. A veces es un simple observador, hace obra de paisajista y pinta lo que tiene delante, pero no enumerando, sino dándole á cada elemento su valor, esbozando las lejanías, precisando los primeros términos, poniendo *atmósfera* que dicen los pintores, entre los planos de su cua-

dro. Así está escrito el capítulo ya citado de «la feria en Montmartre», y así otros sugestivos todos, aunque de menor relieve. En cambio, cuando el asunto lo requiere, Estrada diserta ampliando sus impresiones, yendo al pasado en busca de una reminiscencia histórica que avalora el cuadro presente. Estrada sabe conmoverse, pero guardando siempre la *tenue* de su alma aristocrática. «El entierro de Daudet» es una soberbia crónica necrológica por donde se ve desfilan á todo París apesadumbrado. La sensación de ese artículo es un sollozo comprimido que pesa sobre el pecho y anuda la garganta. Otra crónica de encantadora frivolidad lleva en la obra el título de «Los Crisantemos;» «Petit Trianon» es un capítulo en que el siglo XVIII está sentido intensa y delicadamente como lo sintieron los De Goncourt. El autor, al hablar del salón «La Caze,» del Louvre, se manifiesta como un sabio y sutil crítico del Arte; qué propia y discretamente analiza la obra de Lemoine y Watteau, de Rubens y el Coreggio, sin traer á cuenta los gastados clisés que la crítica fácil trae siempre á la mano cuando de esos inmortales se trata! La contemplación de la obra de arte promueve y suscita en el espíritu de Estrada emociones enérgicamente personales; de ahí el encanto con que se le sigue por todas partes á donde va. En «El monumento de Maupassant» da Estrada una clara prueba de la sutileza de su análisis, y encontrando en los versos de juventud del autor de «Notre Cœur» la semilla de las novelas que posteriormente escribió. Así en la poesía «Terreur» está el embrión del inquietante cuento «Le Horla» y en los versos «Au bord de l'eau» el germen del libro: «Sur l'eau.» Esta nota sobre Maupassant, inédita á nuestro juicio, es una honra para Estrada.

Pero no queremos ameritar al autor de: «El Color y la Piedra» proclamándolo sutil observador, ni hondo psicólogo, ni equilibrado crítico. le basta con ser el artista que es, enamorado de la plasticidad y de la luz, del matiz de un cuadro, del gálibo de una estatua, del color y de la piedra! Artista lo es Estrada y artista prócer. . . . Hemos leído su libro amorosamente, y para releerlo en lo futuro lo colocamos en el anaquel de la *etagère* predilecta entre un «Outamaro» de De Goncourt y «Certains» de Huysmans. Y ya dispuestos á poner fin á estas líneas que á nuestro pesar no nos es permitido prolongar, vemos sobre nuestro bufete un libro entreabierto de John Ruskin. El libro es «The Stones of Venice» y la página dice lo siguiente que enviamos en homenaje á Estrada, porque en esas líneas está comprendido el espíritu sensitivo y vidente del autor de: «El Color y la Piedra:» «Nada debe intervenir entre la naturaleza y la visión del artista, nada entre Dios y el alma del artista.

La función entera del artista en el mundo es ser una criatura *vidente y sensitiva*; es ser un instrumento tan tierno y tan sensible que ninguna sombra, ningún matiz, ninguna línea, ninguna expresión instantánea y pasajera de las cosas que lo rodean, ninguna de las emociones que ellos son capaces de comunicar al espíritu que le ha sido dado, pueda ser olvidada ó pueda borrarse del libro de su memoria. . . . El trabajo de su vida debe ser doble: ver, sentir.»

Se han recibido en esta redacción las siguientes Revistas: «México Intelectual,» de Jalapa, Veracruz.—«La Revista Blanca,» de Valparaíso.—«Mariposas,» de Mérida y «El Domingo,» de Guadalajara.

JOSÉ JUAN TABLADA.

A. J. C.

(EN LA MUERTE DE SU MADRE).

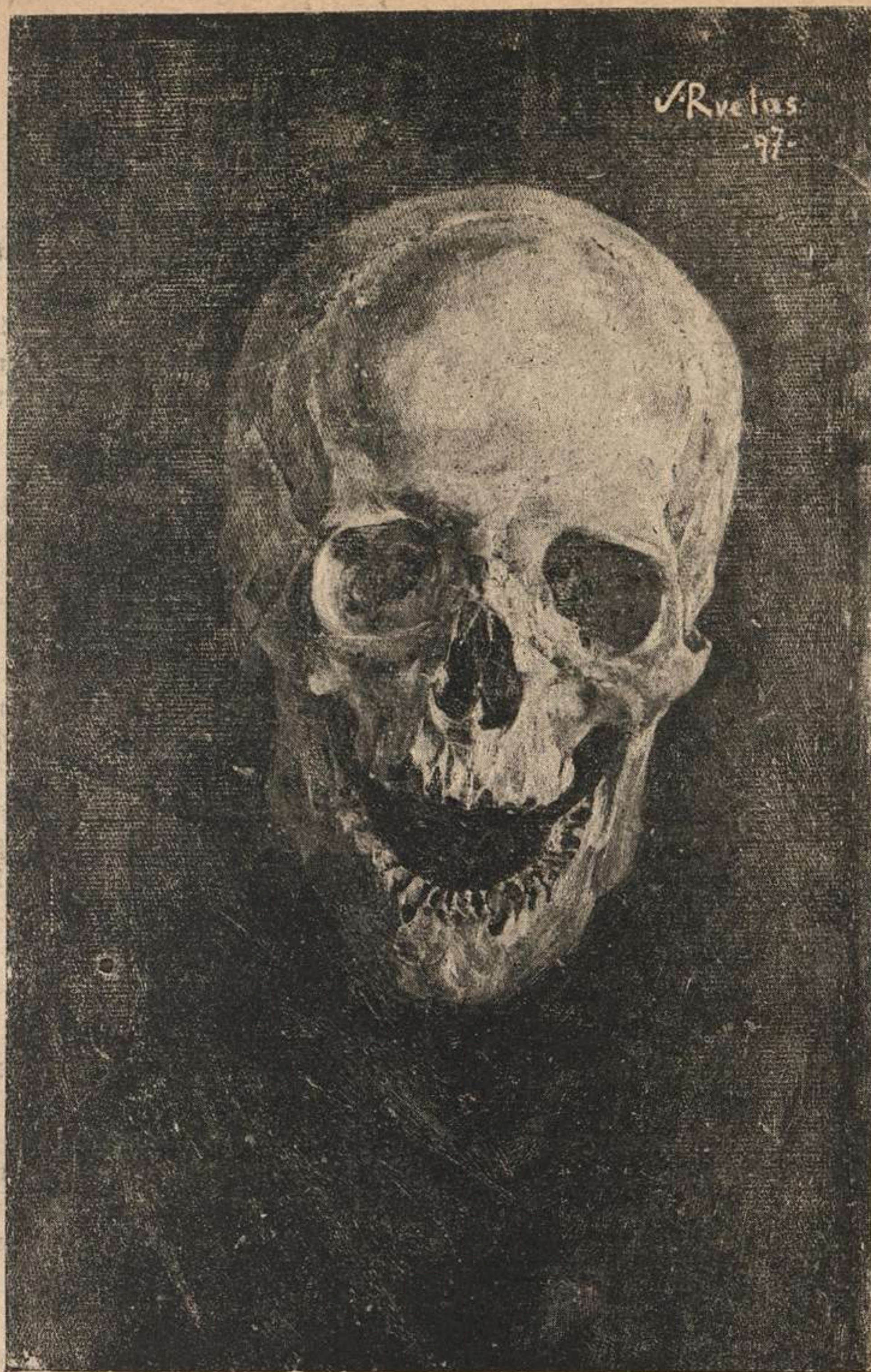
Descompuesta en matices de mil cosas
porquè del ser no piérdese un latido,
verás la dulce madre que has perdido
hecha luz, y hecha cielo, y hecha rosas.

Acaso de crisálidas preciosas
se cuaje el seno donde tú has dormido,
y Mayo la convierta estremecido
en nube de brillantes mariposas.

Late en cada faceta de la vida;
al sol, al viento, al mar la ves asída,
siendo tono en la flor, luz en el lodo.

Y como en todo vibra y resplandece,
con su morir tus alas engrandece,
¡pues para amarla, has de adorarlo todo!

SALVADOR RUEDA.



ESTUDIO.—J. RUELAS.

MAZZEPPA.

I

LA MALDICIÓN

Es la última cita en un bosque
De la Polonia. La gentil condesa
Enternecida y subyugada, besa
La frente rubia del gallardo paje.

El conde espía: estalla su coraje,
Y con su daga, trágico, atraviesa
Súbitamente el pecho de Teresa,
Clamando

—«¡Es poco para tal ultraje!

Diez siervos ligan al doncel que lanza
Reto de muerte al déspota polaco.
—¡Cobarde!—ruge—cumple tu venganza,

—Mas he de entrar en tu castillo á saco.
—¡Morirás en la punta de la lanza
De algún jinete del país cosaco!

II

EL SUPPLICIO.

Manda el conde, y sus órdenes acatan
Sus fieras gentes, mientras él medita....

—¡Traed un potro tártaro!—les grita,—
Y conducen la bestia, y la maniatan

Cabe el joven Mazzeppa.

—Oh!.... ¡Así matan

Los de tu raza pérfida y maldita!

Dice, y todos al fin con inaudita

Crueldad, al lomo del corcel le atan.

El bruto tiembla de terror.... y llenan
Sus relinchos los ámbitos.... inciertos
Brillan sus ojos.... mas.... ¡las fustas truenan

Sobre sus miembros de sudor cubiertos!
¡Parte!.... y sus cascos bárbaros resuenan
Con fúnebre redoble en los desiertos!

III

HACIA EL ABISMO.

Rojo y enorme el sol rueda en la tumba
Trágica que el crepúsculo ensangrenta;
Y en los viejos pinares se lamenta
El vendaval que entre las rocas zumba!

Sobre los montes lívidos retumba
Un galope con trueno de tormenta:
¡Es del corcel que la venganza avienta
Y en el pavor nocturno lo derrumba!

Lleva al joven sujeto por la cincha,
De cara al cielo!... y cruzan por la estepa
Tristísima, infinita, solitaria,

Que estremece el bridón cuando relincha...
Y sobre aquel relámpago, Mazzeppa
Se pierde en el confin de la Tartaria!

IV

LA MUERTE DEL CABALLO.

La crin al viento de la noche, encumbra
La fuerte bestia su galope eterno
Hacia las selvas que asoló el invierno
Envueltas en un manto de penumbra;

Y por bosques fantásticos que alumbra
Siniestramente mengüilunio cuerno,
Vuela como una ráfaga de infierno
Un huracán de sombra que deslumbra,

Va dejando en zarzales y barrancos,
Sangre y espuma y en los hondos cauces
Manchas rojizas y crespones blancos...

Surge el alba, y por fin, bajo los sauces
De un valle, el corcel muere, con los flancos
Rotos y abiertas las reseca fauces.

V

LA SALVACIÓN.

Atado al cuerpo del caballo, mudo
Yace Mazzeppa, pálido, revuelta
La cabellera rubia, la faz vuelta
Hacia el Oriente, el ademán sañudo.

En tanto vibra su relincho agudo
Banda de potros en la bruma envuelta;
Arriba, un buitre su graznido suelta,
Rondando en torno del doncel desnudo

Va á expirar y balbute una plegaria:
¡La postrera!... mas súbito aparece
Bella joven cosaca... Hospitalaria,

Alivio, amor y salvación le ofrece...
Y más tarde, Mazzepa se engrandece
Y es *Hettmann* principal en la Tartaria.

VI

LA VENGANZA.

Y desató la tempestad sus crines
De relámpagos rojos. La sonora
Selva se estremeció ante la invasora
Avalancha de trágicos clarines.....

¡Las huestes de Mazzeppa!... en los confines
De Polonia se escucha asoladora
La maldición del *Hettmann*, vengadora.
Impulsando á sus bravos paladines.

Rojo y negro. En hornaza se convierte
El castillo condal que al cielo lanza
Explosiones de chispas—Y—¡oh derroche

De olimpico furor!—siembra la muerte
A caballo Mazzeppa—y su venganza,
Clava un dardo flamígero en la Noche!

HERIBERTO FRÍAS.